

HOMILIA: «JESUCRISTO REY»

Emmo. y Rvdmo. Cardenal Antonio Cañizares Llovera

Prefecto de la Congregación para el Culto Divino y la Disciplina de los sacramentos.

En este último domingo del año litúrgico celebramos la solemnidad de Jesucristo, Rey del Universo. La Palabra de Dios hoy nos muestra el porqué de esta realeza de Jesucristo: Él es el sentido de la vida y de la historia, criterio y medida de todo, Juez de todo, por el amor, la misericordia y el perdón. Hoy, nosotros, con la Iglesia desde los tiempos antiguos, proclamamos a Jesucristo Rey y Señor de todo lo creado. Como en los tiempos antiguos y en tiempos no lejanos, cuando ideales sin amor se imponían o tratan de imponerse, fascinaban o intentan fascinar a nivel de Absoluto, con la Iglesia, renovamos la proclamación de Jesucristo-Rey-Señor. Nuestro honor y gozo es reconocer como único Señor a quien así ama a los hombres, sin límites, y les enseña a amar y perdonar, y promete la gloria y el paraíso que es la felicidad suprema: estar junto a Dios. Al reconocer a Jesucristo "Rey y Señor", como los antiguos cristianos, aspiramos aun mundo más humano gracias a su divina y universal Presencia, que es amor y misericordia. Celebramos esta fiesta dando gracias por el centenario de la Adoración Nocturna en Roma, con la presencia de adoradores venidos de todas partes. En la adoración reconocernos al Señor, Jesucristo, realmente presente en el sacramento del altar. Postrándonos ante Él, adorándole en vigilia de adoración lo proclamamos Señor y Rey de todo lo creado, sólo en Él está la salvación, en Él, Dios con nosotros, encontramos, reconocemos y adoramos la eterna misericordia de Dios.

Adorar, de alguna manera, es entregarse a Él, es reconocer que somos de Él y para Él, es ofrecerse a Él; es dejar que Él viva en nosotros y sea nuestro Dueño y Señor; es abrir el corazón de cada uno y de la Iglesia a Jesús, para que Él, su perdón, su gracia, y su redención que tanto necesitamos entre en nuestra casa, en nuestras personas, en nuestras vidas, y viva ahí, tome posesión; adorar es estar dispuesto a que, unidos completamente a Jesucristo, nuestro querer, pensar y vivir, esté dentro de querer, pensar y vivir de Cristo que se revelan plenamente en la cruz, y sea Él quien viva en nosotros, actúe en nosotros, piense en nosotros, imprima sus criterios de juicio y actúen, para que vivamos como Él vivió, que por su amor misericordioso y redentor, ha hecho nuevas todas las cosas.

Jesucristo es Rey y Señor, muestra su realeza, y hace presente en medio de nosotros su Reino -Reino de la verdad y de la gracia, reino de la paz y de la justicia, reino del amor, Reino de Dios que es Amor-, rebajándose, despojándose de su rango, tomando la condición de esclavo, haciéndose pequeño y ocultándose, como en la Encarnación, obedeciendo al Padre, ofreciéndose en oblación, hasta la muerte y una muerte de Cruz. Por nosotros, los hombres y por nuestra salvación. Jesucristo reina desde el madero de la Cruz, perdonando, ofreciendo salvación al que la pide y busca, dando su vida, sirviendo, amando a los hombres hasta el extremo. Ahí, en la Cruz, está toda la verdad, de la que Cristo es el fiel testigo: la verdad de cómo Dios ama sin límite a los hombres, y la verdad del hombre tan engrandecido y exaltado que de esta manera ha sido y es amado por Dios. Esto acontece en el misterio eucarístico, se hace realmente presente y permanece. El Reino de Dios es Cristo, es la Eucaristía misma.

Contemplamos y vemos ese Reino en el rostro de Cristo, en la persona de Cristo, en el misterio eucarístico: al contemplarlo y gustarlo en sus sufrimientos y muerte, en el misterio eucarístico, podemos reconocer -reconocemos y así lo proclamamos- de manera clara y sin complejo el amor sin límite de Dios por nosotros: "Tanto amó Dios al mundo que dio a su Hijo único, para que todo el que crea en Él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3,16): Es la carne de Cristo, el pan de vida que se entrega por nosotros. El amor de Dios, su Reino, ha encontrado su expresión más profunda en la entrega que Cristo hizo de su vida por nosotros en la Cruz, en ese amor con que ahí nos ama sin límites, y que se renueva incesantemente en el misterio eucarístico. Ahí tenemos a nuestro Dios, Dios único y universal: Señor crucificado, identificado con los que sufren tanto, no espectador de las humillaciones, escarnios, injusticias y pobreza, sino sufriendolas en su propia carne, que es también la nuestra.

Si contemplamos y adoramos a Cristo Rey y Señor, presente en el Santísimo sacramento del altar, confiando en Él, como el buen ladrón, si confiamos en su misericordia, como el buen ladrón, porque es el Hijo de Dios, Dios con nosotros, sirviendo y dando la vida por todos, podremos participar de la gloria de Dios.

La proclamación de Jesucristo Rey, la adoración de Jesús en el Santísimo Sacramento del

Altar, el ¡Viva Cristo Rey! ¡Viva Jesús sacramentado! que brota de lo más hondo y mejor de nuestro corazón, ese grito, que es plegaria y confesión de fe, que estuvo en los labios de tantos mártires, que fue consuelo ante tanta destrucción de vidas, que fue testimonio de que Dios es Dios, es Amor, misericordia, perdón y reconciliación, esa proclamación y esa adoración no es un gesto devocional ni un grito vacío, es el gesto, que, expresa nuestra entrega al Señor. Es contenido de toda verdadera espiritualidad y devoción cristiana, es núcleo de la experiencia cristiana, es motor de la vida cristiana como testimonio de Dios vivo, Dios que es Amor, perdón y misericordia, redención y salvación, gloria y llamada a dejarse transformar por Dios y su infinita bondad para con nosotros, haciendo del amor la seña de identidad y el móvil de nuestras vidas en todo, anticipo de gloria donde sólo reinará el Amor, Dios que es Amor. Nosotros hoy, al celebrar esta acción de gracias por la adoración nocturna, renovamos nuestra silenciosa adoración que al sólo y único Señor cabe tributar, como Realidad última, como Fundamento de todo, como Principio y Fin de todo, como hontanar inexhaustible de vida y de gracia; y, así mismo, nos abre a vivir del amor, de la misericordia, de todo cuanto está en el Santísimo Sacramento del Altar.

Este gesto de culto y adoración debe ayudarnos a recordar y vivir incesantemente que Él ha cargado voluntariamente con el sufrimiento de los hombres, por los hombres y por mí. Con esta adoración no sólo, pues, reconocemos con gratitud el amor de Dios, sino que seguimos abriéndonos a este amor de manera que nuestra vida quede cada vez más modelada por Él; acogemos el amor de Dios, nos acogemos a Él, para amar con ese amor que hemos recibido y comunicarlo a los demás. La adoración eucarística, inseparable de la celebración de la Eucaristía, sacrificio de Cristo que se ofrece al Padre por la salvación de los hombres, nos invita y compromete a acoger este amor, que es el Reino de Cristo, acoger a Dios mismo y entregarnos a Él.

Quien acepta el amor de Dios interiormente queda plasmado por él. El amor de Dios experimentado es vivido por el hombre como una "llamada" a la que tiene que responder. La mirada dirigida al Señor que "tomó nuestras flaquezas y cargó con nuestras enfermedades", nos ayuda a prestar más atención al sufrimiento y a la necesidad de los demás. La adoración de Jesucristo, en la Eucaristía, Señor y Rey del Universo desde la Cruz, nos sensibiliza ante la voluntad salvífica de Dios, nos abre a esta voluntad salvífica, a la misericordia y el perdón, para vivir desde ella y haciéndola realidad viva en el perdón y en las obras de misericordia, caridad y amor. Nos hace capaces de confiar en su amor salvífico y misericordioso, y, al mismo tiempo, nos refuerza en el deseo de participar en su deseo de salvación, dejando voluntariamente que Él actúe en nosotros y por nosotros, convirtiéndonos en sus instrumentos. La experiencia del amor que entraña la adoración del Señor nos tutela ante el riesgo de replegarnos en nosotros mismos y nos hace más disponibles a una vida para los demás: "En esto hemos conocido lo que es amor: en que Él dio su vida por nosotros. También nosotros debemos dar la vida por los hermanos" (1 Jn 3,16).

Que Dios nos conceda poder escuchar y gozar de las mismas palabras que el Buen Ladrón escuchó y gustó ya de Jesús; que nos conceda, por la gracia el signo de su señorío, estar para siempre con Él en el Paraíso. Amén.